

Con motivo del fallecimiento del doctor Pedro Lavalle Aguilar, reproducimos algunas palabras que sus alumnos y él mencionaron durante el homenaje que se le hizo en julio del año 2002 en el Diplomado de Micología Médica de la UNAM que llevó su nombre

On occasion of the death of Dr. Pedro Lavalle Aguilar, we reproduce some words spoken by him and his students during his tribute on July 2002 in the Diplomat of Medical Mycology of the UNAM

“Como un reconocimiento permanente a una vida profesional y académica dedicada a estudiar y a enseñar la dermatomicología.”

R. ARENAS

“El doctor Pedro Lavalle es un personaje del que siempre aprendemos y que tiene muchas facetas: como maestro, como amigo, como consejero, siempre dando un aliciente, y a veces todo lo contrario, cuando cree que nos lo merecemos.”

M.C. PADILLA

“Los signos esenciales de la juventud son tres: la voluntad de amar, la curiosidad intelectual y el espíritu agresivo’ es una frase de Giovanni Papini que para mí define y me hace totalmente concreto lo que sucede en la vida del doctor Lavalle, siempre ha tenido esa voluntad de amar, siempre buscando al paciente. Su curiosidad intelectual es terrible, ésa es una de sus herencias, en micología eso es muy bueno.”

ALEXANDRO BONIFAZ

### Palabras del doctor Pedro Lavalle

Cuando recibí el programa del cuarto diplomado, a medida que avanzaba la lectura me iba emocionando cada vez más, esa intensa emoción que me provocó este programa no era solamente por el hecho de que Rubén López tuvo la generosidad de poner mi nombre a este diplomado, sino la estructura de este programa. Me llamó mucho la atención lo completo del mismo, no había un resquicio que faltara, era todo micología bien estructurado... muy bien planeado, los ponentes adecuados y entonces yo me decía a mí mismo, qué lástima que actualmente yo tengo limitaciones en algunas facultades, la vista, si no

fuera por estas limitaciones yo me habría inscrito a este diplomado, como alumno por supuesto, y estoy seguro de que habría aprendido, porque aprender se puede hacer a cualquier edad, en todo momento, sobre todo cuando uno ama, es como si se dijera una pista del mundo de la micología a los 84 años. Qué más pude pensar, pude pensar que yo haría preguntas, que habría un diálogo, en fin, que habría sido magnífico poder tomar este curso, pero entonces la realidad era mucho más comprometedora, no era un alumno que tomaba este diplomado, sino el maestro al que se dedica este diplomado y que es un acto de generosidad de un gran amigo, Rubén López Martínez. Yo acepto este homenaje no como a mi persona sino a la micología médica mexicana.

Yo llegué a la micología médica mexicana en sus albores, pero decir que yo llegué a la micología no es exacto, tengo que decir que la micología llegó a mí en una forma inesperada, en dos ocasiones separadas por algunos años. Me voy a referir a estas dos oportunidades, a estas dos ocasiones, por ser, creo, necesarias. La micología médica mexicana se inició al principio de 1940, cuando el doctor José Antonio González Ochoa llegó a hacerse cargo del laboratorio de micología del Instituto de Salubridad y de Enfermedades Tropicales, inaugurado dos años antes, en 1938, creación de ilustres maestros de aquella época, tal vez el más destacado de ellos era don Manuel Martínez Báez.

Martínez Báez envió al joven González Ochoa a Europa, para que se preparara para venir al Instituto y finalmente estuvo en el Servicio del doctor Maurice Langeron, quien en aquella época era el micólogo más destacado de Francia y de Europa tras la reciente desaparición de Sabouraud. Su Servicio estaba en el Instituto de Parasitología de la Facultad de Medicina de la Sorbona, de la Universidad de París. El estallido de la segunda Guerra Mundial en 1939 interrumpió esa estancia de González

Ochoa y llegó al Instituto. Encontró un laboratorio rudimentario, pero su dedicación y su entusiasmo hicieron que ese laboratorio fuera no sólo funcional, sino que empezó a tener prestigio, sobre todo entre el cuerpo médico mexicano, especialmente entre los dermatólogos, naturalmente, y ese prestigio se volvió internacional.

Corría el año 1945, mediados de mayo, cuando me fue a buscar un médico amigo mío al que había conocido unos años antes en la Facultad de Medicina, era el doctor Braulio Peralta, de los que habían comenzado su trabajo en el Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales, me dijo: “Te vengo a buscar porque en este momento están dando unas becas en el Instituto, son becas para médicos jóvenes que quieran interesarse en las disciplinas de los laboratorios del Instituto”. Como era el mes de mayo, me dijo: “Este programa empezó en enero y ya están cubiertas anatomía patológica, bacteriología, parasitología, etcétera, pero micología no, nadie quiere ir a micología”. Se le planteaba a aquellos jóvenes ir a micología y se quedaban como asombrados, no se de qué me están hablando, así es que por esa razón Braulio Peralta les indicó que me iba a entrevistar. No lo pensé mucho, ni un minuto, le dije que sí y al día siguiente me llevó a presentar con el doctor González Ochoa. Yo le platiqué que estaba en mis actividades de dermatología, y como él también era miembro de la Sociedad Mexicana de Dermatología, eso hizo que no pusiera peros y que se convenciera de que yo debía aceptarla, y sin más me dijo: “Bueno, le voy a presentar a don José Sosaria?, director del Instituto en aquel entonces. Así fue, al día siguiente estaba trabajando en el Laboratorio de Micología sin trámite burocrático, sin ninguna recomendación. Aprendí mucho de González Ochoa y de sus colaboradores, la maestra Catalina Orozco, y de María de los Ángeles Sandoval, que en paz descanse. Me gustó, estuve el resto de 1945, 46 y 47, y entonces salí a otros campos, que me acercaron más al maestro Latapí. En aquella época yo no quería dejar la micología, por supuesto, y en mis tiempos libres iba en forma voluntaria al Servicio de Dermatología del Hospital General, en aquella época el Centro Pascua no funcionaba todavía como centro dermatológico sino que era un dispensario de leprosos, y fue a partir de 1951 cuando empezó a funcionar como centro dermatológico, y ahí también fui de voluntario. Así pasó el tiempo y llegó 1953, año en que se celebró en Madrid un Congreso Internacional de la Lepra, y el maestro me dijo que fuéramos algunos de nosotros, yo presenté el primer trabajo sobre infección por

microbacterias, pero el doctor Latapí pensó muy bien y me dijo que aprovechara el viaje y pasara por Francia para hacer una estancia allí, no se pudo lograr una beca del gobierno francés porque ésas se piden con anticipación.

El doctor Rivalier estaba en micología, era una persona ya de edad, de mal carácter, aunque a mí me trató de forma muy amable y comencé ahí, pero lo que pasaba es que en ese laboratorio se trataban solamente tiñas, que era lo que había, se veían dermatofitos que estaban muy bien clasificados, tuve en mis manos cepas originales de Sabouraud.

El segundo hecho inesperado en mi vida fue cuando un buen día llegó el doctor Ricardo Zapater, médico argentino que estaba haciendo una estancia en París en el Servicio de Micología del Instituto Pasteur, de este Servicio yo no había tenido noticias antes de mi viaje, fue llegando allá, en el propio Hospital San Luis, que Zapater me llevó con el doctor Segretain, quien era su jefe, pero estaban los profesores François Mariat y Drouhet. Mariat me adoptó enseguida como un gran amigo y comencé a trabajar con él, en la época más maravillosa de mi formación micológica, para qué decir a ustedes, ese año que estuve con él se realizó una gran amistad, no solamente una gran amistad por los conocimientos de micología, el se interesó de inmediato por México, por la historia misma que yo le platicaba, la relación que le hacía de los pueblos, de los lugares, él se hizo un mexicanófilo desde entonces y naturalmente con el deseo de venir a México. Terminé mi estancia en Francia y, repito, aquella amistad con Mariat fue el inicio de todo lo que vino después, con toda la pléyade de gente que le tiene un gran cariño y él ha correspondido también.

Quiero terminar diciendo que mi hogar micológico es el Centro Dermatológico Pascua, donde está el Laboratorio de Micología, donde yo empecé en 1956. Este lugar consagrado por la llegada un día allí del doctor Mariat que fue en 1960, estuvo dos meses en el verano, se reorganizó el Laboratorio. Después, en años futuros visitó varios centros, diversos servicios de México. Expreso pues la felicidad que me ha dado esta sesión y ver a mis discípulos, Roberto Arenas, Alexandro Bonifaz y actualmente Mary Camen Padilla, sin hablar de la labor de Reynoso.

Sólo me queda dar un agradecimiento sincero a Rubén López por este diplomado, a los que tomaron la palabra por los conceptos tan emocionantes que recibí, a todos muchas gracias de todo corazón.